

OTAN, ¿ser o no ser?

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

No parece que la celebración del septuagésimo aniversario de la fundación de la OTAN haya transcurrido como ciertos líderes hubiesen deseado. La reunión del pasado 4 de diciembre duró sólo tres horas y menos mal, pues su prolongación quizás hubiese empeorado más aún las cosas. Desde luego, la polémica venía servida por las palabras de Macron al hablar de “muerte cerebral” de la organización. Expresión que no gustó ni a Merkel ni a Trump, aunque por motivos distintos. La germana sigue creyendo en la viabilidad de un proyecto que surgió tras la Segunda Guerra Mundial, cuando Alemania fue derrotada y dividida en dos. El norteamericano, sin embargo, nunca ha sido un gran entusiasta de este pacto, ya que piensa que es demasiado caro para los Estados Unidos y que el resto de aliados contribuyen económicamente muy poco.

Efectivamente, al presidente francés no le falta parte de razón. La OTAN nació en un contexto distinto al actual. Se constituyó recién iniciada la Guerra Fría tras la ruptura de las antiguas fuerzas amigas contra el Eje en dos bandos: las democracias occidentales y las repúblicas socialistas. Si en 1944 se firmaron los acuerdos de Bretton Woods para el establecimiento de un nuevo orden económico mundial, el Tratado del Atlántico Norte supuso un mecanismo de cooperación entre dichas democracias para evitar posibles ofensivas de un actor externo. Es decir, de un ataque proveniente de la Unión Soviética o sus adláteres. La respuesta de estos últimos vino en 1955, con el Pacto de Varsovia. Francamente, durante esos años no se produjo un enfrentamiento directo entre ambas potencias, sino contiendas localizadas en las que los dos bloques dirimieron sus diferencias y trataron de ampliar sus zonas de influencia.

Con la caída del muro de Berlín en 1989 y el fin de los regímenes comunistas, el panorama cambió radicalmente. No sólo la Guerra Fría llegó a su término, sino que, incluso, tras 1999, se han producido sucesivas expansiones englobando a naciones anteriormente bajo el control de Moscú. Los conflictos postsoviéticos y el renovado poderío de la Rusia de Putin han hecho que algunos de esos países se hayan sumado al club, cuando, sinceramente, el Tratado de Washington ha perdido gran parte del sentido que tuvo al firmarse. Por ejemplo, basta recordar que el número de muertes en combate por 100.000 habitantes desde 1945 hasta la actualidad ha descendido drásticamente, en especial, los embates entre estados o aquellas guerras civiles con intervención de estados extranjeros. Semejante realidad es objetiva y la situación en Ucrania es sumamente peculiar, en absoluto equiparable a los temores infundados de las tres repúblicas bálticas.

Además, la división entre los socios es palpable. Ya se generó un enorme malestar en tiempos de la Administración Obama, que viró buena parte de su política exterior hacia Oriente, pero, principalmente, por sus malas relaciones con el gobierno de Ankara, miembro de la OTAN. Obama se negó a vender a Erdogan el sistema antimisiles Patriot, al tiempo que no le mostró su apoyo durante el golpe de Estado de julio de 2016. Esto fue determinante para su acercamiento a Moscú, hasta el punto que los rusos le van a proporcionar su propio medio defensivo, en detrimento de los intereses de los consocios. Y no sólo eso, porque Turquía pretende que los participantes en la OTAN declaren a las milicias kurdo-sirias YPG un grupo terrorista, cuando, en rigor, se han batido el cobre contra el Estado Islámico. Si no, Ankara no apoyará las medidas defensivas en el Báltico. Se trata de una operación de chantaje. Y es que Turquía va por libre, sin consultar a sus colegas, tal como ha hecho con el

establecimiento de una zona de seguridad en el norte de Siria para “salvaguardar su frontera” del peligro kurdo. Todo ello en connivencia con Rusia, el supuesto enemigo de la OTAN. Por consiguiente, ¿realmente los países de la OTAN tienen algún enemigo externo capaz de poner en peligro su integridad? No siendo así, ¿para qué sirve realmente? ¿Para combatir el terrorismo como se dice? En este caso, no se puede prescindir ni de Rusia ni de China, puesto que se trata de un problema global.

No obstante, hay un hecho que Macron oculta cuando aboga por un Ejército europeo. La idea parece acertada. Si tenemos un parlamento y un ejecutivo común, un Banco Central Europeo, una moneda, una unión aduanera, etc., ¿por qué no tener un Ejército propio para no depender de EEUU? El problema está en su cuantía. Si la mayoría de las naciones se niegan a aumentar su presupuesto en la OTAN, como reclama Trump, ¿qué porcentaje del PIB supondría ponerlo en marcha? ¿Ese coste se detraería de prestaciones sociales? ¿Estamos los ciudadanos europeos dispuestos a ello? ¿O preferimos que siga siendo Washington el que pague la factura? Ésa es la cuestión.

6 de diciembre de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 12 de diciembre de 2019, p. 23